

LA VANGUARDIA

Presidente del Consejo de Administración de T.I.S.A.: Don Carlos de Godó, Conde de Godó

Editor: Javier de Godó

Consejero de Dirección: Horacio Sáenz Guerrero

Director: Francesc Noy

Director adjunto: Manuel Ibáñez Escofet
Subdirectores: Jaime Arias, Luis Foix, Vladimir de Semir
Secretario general de la Redacción: Josep M. Casaus

Redactores-jefe: Lorenzo Gomis (Coordinación editorial), Carlos Nadal (Internacional), Francisco González Ledesma (España), Miguel Martín y Joaquín Escudero (Cataluña), Domingo García (Deportes), Angeles Masó (Espectáculos), Ignacio Grases (Edición), Manuel Lamas (Diseño), Miquel Villagrana (Confección)

Economía: Juan M. Hernández Puértolas - Cultura: Josep Ramoneda - Política catalana: Margarita Sáenz-Diez Trías - Religión: Jordi Piquer - Sucesos: E. Martín de Pozuelo

Administrador: Ramón Pascual - Director General: Carlos Fajardo

Adjunto a Gerencia: Germán de Beasocochea
Director Técnico: Jaume Francés - Talleres Pueblo Nuevo: José Romero
Contabilidad y Presupuestos: Josep M. Masó - Publicidad: Angel García Latasa
Personal: Joan Pons - Compras: Juan F. Morillo - Distribución: Pablo Tesón
Secretario de Administración: Esteban Sillue
Jefe de la Secretaría del Editor: Enrique Moreno

Difusión controlada por O.J.D.

El caos de TVE

PUESTO que, tratándose de RTVE, lo de menos parece ser ya la opinión de la audiencia, habría que preguntarse quién y con qué rango deberá confesar que la televisión no le gusta para que el director general del Ente, José María Calviño, se dé por aludido de una vez y presente su dimisión. Superada toda capacidad de pasmo ante un caso de tan invencible aversión al abandono de un cargo público, llama poderosamente la atención, en efecto, cómo se distribuyen las responsabilidades en Prado del Rey.

El presidente del Gobierno declara públicamente que la programación no le satisface y es cesado de modo fulminante el jefe de Informativos, José Luis Balbín. Alentado quizá por tan inimaginable éxito, es el propio Calviño el que a continuación admite que también él se aburre frente al televisor, a lo que sigue la dimisión del propio director de TVE, Antonio López, quien sabe si en una audaz retirada estratégica para ocupar un día el puesto de aquél. De tan fulgurante cadena de abandonos, sin embargo, sólo un gesto guarda lógica con las mínimas reglas del decoro profesional: la renuncia instantánea de Asunción Valdés, directora del telediario de la tarde, tras la emisión de un penoso subproducto de amarillismo teletatal en su programa. Alivia saber que todavía quedan restos de elegancia frente a los errores propios.

La verdad, una vez más, es que el mal de TVE reside por principio en su carácter de monopolio estatal y en el tremendo burocratismo de su estructura, lo que la convierte en pasto de banderías políticas y en mercado de influencias de grueso y pequeño calibre. La experiencia de una televisión pública y única, sujeta a la acción del Gobierno—que al fin y al cabo nombra a su director general—y al control del Parlamento, no sólo no ha mejorado las cosas hasta el momento, sino que probablemente las ha empeorado, al incentivar los apetitos intervencionistas de los partidos.

Si Calviño debería dimitir es, pues, no tanto por su más que discutible gestión, sino por una elemental cuestión de decoro, al ser una evidencia clamorosa que ya no cuenta con la confianza de quienes le nombraron. Pero ni su cabeza, ni cien más pequeñas, arreglarían las cosas: el mejor favor que le harían a RTVE sería liberar la creatividad de los profesionales del medio y aliviar las pasiones nacionales y las legítimas demandas sociales a través de la competencia de las televisiones libres.

Un americano en Asia

LA gira que está llevando a cabo el secretario de Defensa norteamericano, Caspar Weinberger, por tierras chinas es de una importancia nada desdeñable. Se engloba en una insólita ofensiva diplomática estadounidense. En febrero recaló en Pekín el secretario de Estado Shultz, ahora Weinberger y, en la primavera próxima, el propio Reagan. Desde el prisma de Washington, se trata de enmendar un entuerto y de comprobar además «in situ» la eficacia de la política de reequilibrio de poderes que el «equipo pragmático» encabezado por Teng Hsiao Ping está llevando a cabo en la República Popular.

Cuando Ronald Reagan subió a la cúspide del poder estadounidense, las relaciones bilaterales entraron en un periodo de enfriamiento. Entonces, como ahora, el aparente motivo de conflicto era Formosa. La existencia del llamado Gobierno nacionalista chino ha sido periódicamente enarbolado por las autoridades de Pekín como un trazo rojo. Zhao Ziyang, primer ministro chino y uno de los miembros de la «troika» que rige los destinos del inmenso Estado chino (Teng Hsiao Ping y Hu Yaobang, secretario general del Partido Comunista, completan la triada), ya acusó, meses ha, a Shultz de que los envíos de armamento norteamericano a Formosa constituían un «obstáculo insalvable» para un amistoso diálogo. El martes le repitió exactamente lo mismo a Weinberger. Sin embargo, la realidad es que tanto para China como para Estados Unidos el tema formosano es una cuestión planteada con amplitud de miras. Sólo hay que recordar las conclusiones del VI Congreso Nacional del Pueblo (parlamento chino), que, en junio de este mismo año, planteaba una política a largo plazo con referencia a la isla «rebelde», en términos sumamente flexibles.

Todo esto no es óbice para afirmar que los planteamientos diplomáticos de Caspar Weinberger difieren sustancialmente de los de sus interlocutores chinos. Uno habla de estrategia común y sus anfitriones orientales, tan cautos y sabios, insisten en la vía independiente y no alineada. Mientras tanto, éstos no hacen ascos de las transferencias de tecnología «dual» (con aplicaciones civil y militar) que el posible «amigo americano» está dispuesto a otorgarles. Saben que el vecino del Norte —la Unión Soviética— es muy poderoso...

El último espolio

¿«ESPOLIO» o «expolio»? Consulto el diccionario de don Julio Casares, y la diferencia entre la «s» y la «x» implica definiciones distintas. «Espolio» sería: «Conjunto de bienes de la mitra que quedan al morir los obispos». Y no consigna el verbo «espoliar». «Expoliar» —sin «expolio», en cambio—, significa: «Despojar a uno de lo suyo con violencia o con iniquidad». Acudo al diccionario de Pompeu Fabra para mayor cautela, y las formas con «x» no aparecen, y las otras son: «Espoli»: «Conjunt de béns que resten per mort dels prelats», y «Espoliar»: «Desposseir (algú) d'allò que li pertany». Sea como fuere, la primera referencia semántica es clerical y, por supuesto, obsoleta. Con todo, me aferraré a ella para lo que voy a comentar. Que sólo es esto: cómo se están «espoliando» y «expoliando» nuestras viejas iglesias. El problema no es de ahora, desde luego. Toda la vida, los clérigos han querido ornar sus templos con lo mejor del mercado, y, también, toda la vida, los clérigos han tenido la terrible costumbre de sustituir una cosa por otra, un mural románico por una tabla gótica, y la tabla por un lienzo renacentista, y luego por otro barroco, y luego...

Bueno: son vicisitudes explicables, si las situamos en su momento histórico. Hoy no las podemos juzgar sino como «espolios» o «expolios» sucesivos, quizá bien intencionados, quizá no. Las supervivencias del patrimonio artístico eclesiástico, por lo menos en este país, han sido escasas, y sólo atendidas —no mucho— de unos años a esta parte. Da pena ver en museos de Londres o de Nueva York, por ejemplo, piezas —un claustro entero, el gran retablo de san Jorge valenciano, las tumbas de los condes de Urgell— admirables, vendidas por un párroco ignaro, unas monjitas tontas, o un desamortizador liberal no menos estúpido. La tentación del duro es irresistible. Yo conocí a un tonsurado de mi parroquia, engañado —ridículamente engañado— por un erudito local ya difunto, que quiso colocarle a un anticuario una pequeña imagen de madera, evidentemente barroca, como si fuese románica. El anticuario se le rió en plena cara, y gracias a ello las beatas de Sueca continúan reverenciando a «la Mare de Déu de la Bona Sort».

Y esto ha ocurrido muchas veces. Hubo una época en que las sedes episcopales de Cataluña estuvieron en manos de prelados valencianos, y, si no recuerdo mal, Josep Pijoan aludía a ella —a la época— como un periodo de «liquidación de existencias». Parece ser que aquellos monseñores vendieron todo lo vendible al primer chararilero que se les acercaba. Y otro tanto hicieron en otras partes. Y en pleno siglo XX. El desprecio —basado en la ignorancia— con que el clero indígena trató sus altares, su orfebrería, sus ropajes de ceremonia, es inaudito. Y sus archivos, incluso. Lo cual, probablemente, es culpa de la deplorable enseñanza de los seminarios conciliares. Cantidades inimaginables de vicarios, ecónomos, rectores, canónigos y obispos estimaron, y estiman, que cualquier excusa «pastoral» les autoriza a desmantelar sus venerables iglesias. Por edad y por experiencia familiar, asistí en mi adolescencia a la maniobra de colocar santos, vírgenes y cristos de la manufactura de Olot, para suplantar gloriosas —o no tanto: da igual— imágenes barrocas, renacentistas, góticas. Y el «espolio» o «expolio» empieza ahí.

Simultáneamente intervino el «vandalismo». Yo no sabría decir quién lo practicó con mayor energía, si los clericales o los anticlericales. El término «vandalismo», si no ando equivocado, lo acuñó el abate Grégoire, un cura francés galicano, revolucionario y ásperamente jacobino. Y excomulgado, supongo. Pero este individuo, al darse cuenta que el «pueblo» asaitaba abadías, conventos, parroquias, catedrales y quemaba lo que

podía ser combustible, se espantó. Y lo calificó así: «vandalismo». Ignoro si los pobres «vándalos» llegaron a tanto. Pero del primer «vandalismo» de la Revolución Francesa al de la Guerra de España, la sucesión, no ya de «espolios» o «expolios», sino de mera destrucción, fue inevitable. Las masas incendiarias no podían saber lo que destruían, porque la clase dominante nunca se preocupó por «educarlas». Los incendiarios celtibéricos del 36 y del 37, no se ensañaron contra el «arte», sino contra unos «símbolos» muy específicos. Este fue el «espolio» o «expolio» que se añadió al de las sotanas, con el agravante de la inocencia. O el atenuante. No importa. Fue otro mordisco. En unos territorios donde, con una burguesía mediocre y una aristocracia sin demasiados recursos, sólo la Iglesia podía pagarse el lujo del arte, todos estos avatares han sido, combinados, el «gran espolio», o el «gran expolio», definitivo.

Algo ha quedado, y salvado, en los museos oficiales. Pero ¿y lo que es propiedad de la Iglesia? Aquí vendría abrir un debate nada claro, entre lo «jurídico» y lo «moral». Las diócesis de nuestro alrededor, ocupadas por el correspondiente «ordinario del lugar», no tienen ni idea de sus escasos residuos artísticos, y los siguen vendiendo o se los dejan robar. No ha de extrañarnos que un gitano listo sepa más de arte gótico que los arzobispos de Barcelona y de Valencia, por ejemplo. Estos eminentísimos y reverendísimos señores se preocupan más sobre el aborto, el divorcio y el onanismo. Es lo suyo. Lo suyo no es una arquitectura, una escultura, una pintura, un cáliz gótico, una casulla renacentista, una música barroca. Lo suyo es «salvar almas», y cuantas más mejor. Y allá ellos. Pero el «patrimonio» eclesiástico ¿pertenece solamente al clero o lo es de toda la ciudadanía? En el reino de España, teniendo en cuenta los muchos «concordatos» que Madrid hizo con la Santa Sede, nunca se sabe. Y yo me pregunto si una «expropiación» de todo eso, cuadros, documentos, esculturas, partituras, no sería eficaz. Pagando, claro está: dándoles dinero a los arzobispos. Porque, desde que fueron inventados, los arzobispos piden dinero: diezmos y primicias, tributos señoriales, limosnas, legados testamentarios, contribuciones municipales, porcentajes de los cobros del Santo Oficio.

Y digo yo, si no ha llegado el momento de clarificar el asunto. Que los mirados se ocupen de «salvar almas», y que cedan a la potestad civil la conservación y la vigilancia de las obras de arte —y los archivos— que tradicionalmente fueron de su competencia. A ellos se les da una higa: no es «lo suyo», insisto. El archivo de la seo de Valencia, donde nunca he puesto mis profanos pies, depende, según me explican amigos investigadores autóctonos y extranjeros, del humor de un reverendo capitular, bastante espeso, dicho sea de paso. Mi opinión es que «eso» es de todos: las pinturas, los altares, los campanarios, los archivos. Creyentes o no, los investigadores y los admiradores tienen derecho a acceder a sus «fuentes». Sólo que los monseñores y sus canónigos frenan la indagación. Quizá no tanto en Barcelona como en Valencia. Pero si el monseñor de Valencia es más bobo (y sus divertidísimos canónigos), se resiste a abrir sus archivos, no se ha enterado de que en mi pueblo hay unas tablas preciosas en la sacristía de mi parroquia (y digo «mi» porque en ella recibí unos cuantos sacramentos). Nunca se sabe. Un nuevo párroco las pondrá a la venta...

Y así, paso a paso: iglesia a iglesia. La «propiedad» de estos vestigios, actualmente, tendría que ser asumida por el Estado (si es que el Estado —en su Ministerio de Cultura— se digna a rebajarse a estos detalles). Y en unos próximos (y callados) «concordatos»,

el Estado español y sus comunidades autónomas deberían reclamar para sí los fondos eclesiásticos. Y no para fastidiar a nadie: sólo para garantizarlos y preservarlos. Cuando, según una estadística que me invento, y sin temor a errores, los sociólogos en ejercicio —incluyendo al sociólogo «creativo» que es mi amigo Amando de Miguel— deducirán que el porcentaje de canónigos y obispos que «entienden» de artes, e incluso de teología, no llega al 0,01. Un paquete tan insignificante como fue el clero español del XVI y del XVII, no tienen equivalentes ahora. Pero a mí nunca me ha divertido defender al Espíritu Santo, Paráclito, perfecta pieza del puzzle católico y ortodoxo, y tan descartado por la mediocre clerecía vegetal. Me gustaría saber qué piensan nuestros obispos acerca del Espíritu Santo. Y nuestros canónigos, y nuestros párrocos. Es su problema.

ESPIRITU Santo aparte, queda la «cultura eclesiástica», que es, entre nosotros, larga y mayoritaria: charlatanes orales como Vicent Ferrer o caligráficos como Eiximenis, descontando al Ramon Llull, un curioso demente, y así, uno tras otro, hasta llegar al obispo Torras i Bages. Torras i Bages no entendió la «tradición catalana»: ni a Llull, ni a Vicent Ferrer, ni a Eiximenis, ni a Vives, ni siquiera Balmes. Y menos aquel divertido paseante de las Ramblas, llamado don Francesc Pujols. Este individuo, divertidísimo, y divertidísimo como escritor, fue un colosal analfabeto, que engañó a todos: a don Eugeni d'Ors, en parte, y al señor Josep Pla, de Palafrugell. Si repasamos ahora la *Hiparxiologia* de Pla, las carcajadas serán eminentes. Como las que provocaría la *Angelología* de don Eugenio. Y el máximo tebeo del siglo, en catalán, fue el *Concepte General de la Ciència Catalana*, o algo por el estilo. Y todo fue una mera retórica. Ni D'Ors había leído a Llull ni a Vives, ni Pujols había leído nada. Hurgando más: ¿qué había leído el profesor Llorenç i Barba? Todo eso es un puré ideológico incómodo. Otro día me dedicaré a los filósofos de sacristía que son los de la llamada Escuela de Barcelona, arrodillados ante el cadáver de Casamiglia, cuando Casamiglia no se enteró de nada.

Y me he desviado. Los filósofos no cuentan, porque no saben contar. Lo que importa, en última instancia, es rescatar el arte «eclesiástico», que las autoridades de la Iglesia no pueden o no quieren atender. No importa de quién sean «propiedad» las iglesias. ¿De la «Iglesia»? No lo dudo. Pero esa «Iglesia», que ha de ser «misionera» y «pastoral» antes que nada, ¿por qué ha de ser un «museo» dudoso? No estaría nada mal que los «tesoros» de la Iglesia se incorporasen a los del Estado y sus mucosidades autonómicas. No se trata de preservar un santoral sino su interpretación plástica, y en cada instante de una duda o de una fe. Y nunca se sabe. D'Ors solía citar al Perugino, blasfemo y ateo —no cuadra la cosa, porque o se es blasfemo o se es ateo—, y pintaba deliciosas escenas bíblicas, con una unción irreprochable. Todo eso es confuso. Pero el «espolio» y el «expolio» siguen pendientes. En letras o en figuras. Una secularización de las iglesias—museos sería provechosa. La feligresía habitual se contenta con una pared blanca, un crucifijo y una canción zarzuelera. Le molesta una figuración románica o gótica. Y el cura la saca a subasta. Con un Corazón de Jesús de Olot se apañan... Y si se ha de tramitar por una compra-venta, que se quede en casa... En Nueva York, en un museo titulado The Cloisters, con muchas piedras nuestras vendidas por el clero, las cosas se me hicieron claras. Más claras de las que las que tenía...

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Definición definitiva

Señor Director: De «La Vanguardia» en su editorial del día 19 de septiembre: «La suprema disponibilidad y disciplina del militar tiene, llegado el momento de la obediencia al poder constituido, su sola posibilidad de justificación». Gracias.

Sebastià TAPIES i BARRERA
Sant Quirze de Besora

La cocina catalana

Señor Director: El día 20 de septiembre, se publicó un reportaje en la página 21, sobre la cocina catalana; quisiera recordar al señor Juliá, que ningún plato auténtico catalán, lleva crema bechamel, o sea, que los canelones la salsa que llevan es auténticamente italiana, y no digamos el fricandó, que es de pura cepa francesa. Soy profesional del arte culi-

La Vanguardia agradece las cartas de sus lectores y tiene también en cuenta las no publicadas. Escogemos con preferencia para su inserción —íntegra o condensada, según el espacio disponible y el interés del tema— las cartas breves, de no más de veinticinco líneas a máquina, escritas a doble espacio y por una cara. Todas deben poder aparecer firmadas con nombre y apellidos. No publicaremos cartas con seudónimo o iniciales. Recordamos a nuestros comunicantes que debemos tener constancia de sus señas completas —preferible con teléfono— y que no nos es posible mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas respecto a cartas no publicadas.

nario y llevo muchos años buscando recetas catalanas en casas pairales, conventos y monasterios de la región catalana y he tenido la suerte de recoger un montón de recetas, que las guardo como un tesoro; le voy a nombrar algunas recetas auténticas catalanas: Perdices rellenas de culichu, bacalao con miel, romescada de pescado, atún fresco con caracoles dulces y picantes, merluza a la catalana, becadas rojas con burrañas, arroz perelada, buques de espicanas con jamón, merluza Imperial Tarraco, este plato se sirvió en el Castillo de Escornalbou de Vilanova, cuando el abuelo de nuestro rey lo visitó con el señor Toda. Y le recuerdo que la cocina catalana es fabulo-

sa, pero bastante imaginada, a ver si por una vez para siempre la cultivamos como merece.

Magín ROBERT ROFES

Sugerencia a la Generalitat

Señor Director: Me gustaría que la Generalitat dedicase una campaña publicitaria para convencer a los padres de las ventajas de ir a acompañar y recoger a los niños al colegio a pie. Muchas madres utilizan el coche para acompañar a sus hijos a un parvulario que solamente dista diez minutos, a pie, de su casa. Entre las ventajas que encontraríamos, además de descongestión del tráfico, menor con-

taminación y ahorro energético, podemos añadir también otros beneficios para madres y niños, como:

- Después de un día de clase, un paseo es un desahogo para los niños.
- Caminando se puede mantener mejor un diálogo que conduciendo.
- Los niños de ahora caminan muy poco, cosa nada saludable para su desarrollo.
- Andar es un buen deporte para las madres.
- El tiempo que pueden ahorrar las madres (a veces ninguno, debido al tráfico) lo emplean en hablar con otras señoras a la puerta del parvulario mientras dejan el coche mal aparcado, con la consabida contaminación acústica por las bocinas de otros vehículos. Sería más interesante que estas señoras mantuvieran su conversación mientras caminan algún tramo juntas.

P. RIU